



COSTUMBRES MORTUORIAS DE LOS INDIOS DE CHILE I OTRAS PARTES DE AMERICA

POR

RICARDO E. LATCHAM

(Miembro correspondiente del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland).

(*Continuacion*)

de adornarse, etc. También hacen incisiones en los brazos, las piernas y otras partes del cuerpo; no con el propósito de mortificar la carne, ni de producir un dolor, que por absorber su atención borre el recuerdo de la pérdida sufrida; sino exclusivamente con la idea de que siendo interno el pesar, la única manera de hacerlo salir es hacerle aberturas por donde pueda escapar (1). Esta explicación de la práctica ha sido confirmada por las labores del *Bureau of Ethnology* de

(1) SELER, EDUARD.—Antiquities of Guatemala, in *Mexican Antiquities*, Buletin num. 28 del Bureau of American Ethnology. pp. 105 106.

los Estados Unidos; y no queda duda de que entre muchas tribus la costumbre de aliviar los dolores internos por los mismos medios era muy arraigada. Estos hechos constituyen una nueva prueba de que, en el concepto de los pueblos primitivos, las enfermedades, dolores, pesares y aun la muerte se deben a las maquinaciones de los hechiceros o de los espíritus malignos y para librarse es preciso expulsarlos de cualquier modo. Entre los antiguos peruanos se recurría a la trepanación del cráneo, que en el principio no se practicaba con fines quirúrgicos, sino simplemente para facilitar la salida del demonio que se había posesionado del paciente.

La repartición de semejantes costumbres entre tantas distintas tribus que habitan las llanuras de continentes diferentes, separadas por miles de kilómetros, nos da otro ejemplo del desarrollo, por líneas paralelas, del mismo modo de pensar, cuando las circunstancias son parecidas.

Mientras algunas tribus tratan de amortiguar sus penas por medio de sufrimientos corporales, otras procuran obtener los mismos resultados por abluciones o ceremonias de purificación.

Un ejemplo de esto nos ofrece la costumbre prevaleciente entre los Sia y los Zuñis. «Cuando se le muere el marido, la esposa es bañada, después del entierro, por una de las mujeres del mismo clan de ella: si es la esposa que muere el marido es bañado por una mujer de su propio clan.

Esto se hace para que el sobreviviente sea limpiado de su pesar y tristeza» (1).

En muchas tribus, los parientes del muerto cortan el pelo en señal de duelo, en otras tiznan de negro la cara.

El negro parece ser el color más usado por los indios en sus ritos funerarios, pero algunos usan además otros tintes, en especial para las ceremonias mágicas que emplean para espantar las ánimas o demonios que pueden estar en acecho.

(1) LONG, STEPHEN HARRIMAN.—Narrative of an expedition to the Washington 1904 source of the St. Peters River in the year 1823 Compiled by William H. Kealing. 2 vols. Philadelphia 1824.

Entre los pimas, los hombres cortan el pelo, que usan muy largo, al nivel de la cintura; las mujeres cuando se les muere el marido o algún hijo suelen cortarlo a la altura de las orejas y en el caso de una viuda anciana que tiene poca esperanza de volverse a casar, esta lo corta completamente, porque ella más que nadie debe sentir la pérdida de su marido. El pelo que se corta se sepulta en el lecho del río. No se lo debe quemar, porque se cree que esto produciría dolores de cabeza tan violentos que pudiesen ocasionar la muerte de la persona trasquilada. Las viudas observan el duelo por cuatro años y durante este tiempo deben quedarse en la casa, no lavarse la cabeza y se les impone como obligación llamar al difunto todas las mañanas al amanecer. Antes que principiaban a usar las faldas actuales se envolvían en frazadas. Mientras duraba el duelo no les era permitido cubrir el busto y andaban con el pecho y los brazos desnudos y después de que se acostumbraban usar camisolas, estas se dejaban a un lado en semejante ocasión, aún durante el tiempo más helado (1).

Los indios tlingit mostraban el pesar que sentían por la muerte de un deudo cortándose o chamuscándose el pelo al nivel de las orejas (2).

En Sud-América prevalece la misma costumbre entre los indios del Chaco y de Bolivia oriental. Los lenguas, al principiar el duelo pintan de negro la cara, generalmente con una mezcla de grasa y carbón y debajo de los ojos pintan rayas que representan lágrimas. Se corta el pelo de raíz y cubren la cabeza con un paño. Mudan de sitio sus tolderías después de una defunción y los parientes cercanos del muerto, al entrar la nueva aldea, se arropan bien para que nadie vea su rostro. Viven aparte por un mes, comen solos, de viandas preparadas especialmente y no se les permite participar de la olla común. Se les considera contaminados hasta

(1) The Pima Indians, ob. cit p. 195.

(2) The Social condition etc. of the Tlingit Indians, ob. cit. p. 429.

que termina el período fijado por el duelo, que varía según la importancia del muerto. Entonces se ejecuta la ceremonia de purificación, que se hace lavándolos con agua caliente y sólo después de terminada esta función se da por suspendido el duelo y se celebra la fiesta mortuoria.

En el caso de infanticidio no hay ritos ni duelo. Cuando se ejecuta a un asesino, no se observa el duelo, el cadáver se incinera, las cenizas de la pira fúnebre son desparramadas y los instrumentos usados para la ejecución son mostrados a los parientes del reo, todo manchados de sangre, a fin de probar que la venganza se ha cumplido y en seguida son sepultados porque no se pueden usar otra vez para ningún propósito (1).

El Padre Sánchez Labrador nos da, como siempre, un cuadro muy interesante del duelo entre los mbayas:

«Mudados los toldos, los parientes del difunto continúan su duelo con nuevos ritos. Las mujeres se tusan el pelo a su modo y no le vuelven a cortar hasta que les crece y llega casi a los hombros. Los hombres hacen lo mismo y dura la ceremonia los meses de su duelo, que suelen ser dos o más, según la calidad del difunto. Todos los de la parentela se abstienen de algunos alimentos, como pescado, carne de ciervo, etc.; reducidos a comer palma y legumbres si las pueden conseguir. No juegan ni concurren a las borracheras, que son sus fiestas. Tampoco se pintan; ni se ponen adorno alguno de sus cuentas o planchitas. Guardan un retiro, para infieles, muy estrecho, pues no salen de su toldo sino a lo muy preciso. Los hombres están sentados en ademán de absortos, haciendo flechas etc., o echados de dolor, rendidos.

Las mujeres se entretienen en sus cotidianas labores. Duran estas señales de dolor hasta que el cacique les manda alegrarse. Envíales a decir que se diviertan y coman como los demás del toldo; que se pinten y que se engalanen y que no den lugar a que les consuma la tristeza. Con este aviso cesan

(1) An Unknown People. ob. cit. p. 169.

los lutos y entra la alegría en los corazones afligidos, y valen tanto las palabras de su príncipe como si fuera una revelación del feliz estado de sus difuntos» (1).

Hill Tout, describiendo las costumbres de los indios stlatluhm de Columbia Británica, dice que en la mañana del quinto día de las ceremonias fúnebres, todos los miembros de la familia del difunto salen de las chozas y hacen cortarse el pelo por el shaman a cargo de los ritos. Se les corta primero el lado derecho por ser ese el lado de más honra en todos sus asuntos. Una vez trasquilados vuelven a las chozas, se pintan la cara y vuelven nuevamente a la fiesta. Se forman pelotas del pelo cortado, las que son llevadas al bosque y amarradas a las ramas de los árboles; pero siempre por el lado oriente (2).

Los stseelis, descritos por el mismo autor y que pertenecen a la misma familia étnica, también se cortan el pelo en señal de duelo. La manera de efectuar esta operación indica el grado de parentesco que tienen con el difunto o expresa la profundidad de su pesar.

Los parientes lejanos solo cortan la punta; los más inmediatos, al nivel de las orejas; pero cuando quieren expresar profundo dolor se trasquilan completamente.

La duración del duelo varía entre un mes y varios años, según la importancia del difunto. Entre ellos el cortarse el pelo tiene el mismo significado que el llevar luto entre nosotros (3).

Los menominis ennegrecen la cara con carbón o con cenizas. Antes se acostumbraba mezclar estos ingredientes con resina de pino para que no se borrasen con tanta facilidad, y no se permitía a las viudas volverse a casar hasta que hubiera desaparecido completamente. En los casos de gran dolor, se cortaba el pelo sobre la frente (4). Varias tribus de los iro-

(1) El Paraguay Católico, ob. cit. pp. 48-49.

(2) Report on the Ethnology of the Stlatluhm. ob. cit. p. 138.

(3) Ethnological Report on the Stseelis. ob. cit. p. 320.

(4) The Menomini Indians. ob. cit. p. 241.

queses teñían la cara en seña de luto y lo hacían también con el cadáver. El padre Tomás Falkner cuenta que entre los moluches «las viudas se obligaban a mantener el duelo y de ayunar por un año después de la muerte de sus maridos. Consiste esto en mantenerse encerradas en sus toldos sin comunicarse con nadie y sin salir sino para hacer sus necesidades. No podían lavarse ni la cara ni las manos, las que se ennegrecían con hollín» (1).

Dice Schuller que los «paisanos» o campesinos del interior del Brasil tienen apego a las costumbres tradicionales y que no se afeitan ni se cortan el pelo durante todo el tiempo que llevan el pañuelo negro, es decir, que llevan luto. Los deudos no salen de sus casas por el término de ocho días; y durante este tiempo también quedan cerradas las puertas y ventanas (2).

En las costas del actual territorio de Texas, al norte del Golfo de México, Pánfilo de Narváez, cuando fué a poblar y conquistar el Río de las Palmas, con título de adelantado y gobernador, encontró indios apalaches. Gomara dice de ellos: «Dúrales el luto un año, y lloran tres veces al día todos los del pueblo, y no se lavan los padres ni parientes en todo aquel tiempo. No lloran a los viejos. Entiérranse todos, salvo los físicos, que por honra los queman, y entre tanto que arden, bailan y cantan. Hacen polvo los huesos, y guardan la ceniza para beberla al cabo de año los parientes y mujeres; los cuales también *se jasan* (se sajan) entonces» (3).

Entre los zuñis y los pimas, el sobreviviente de los esposos es bañado por los padres y hermanas del difunto, quienes también le acompañan por las cuatro noches en que suponen estar el ánima en la vecindad. Se colocan debajo de la cabe-

(1) FALKNER, PADRE TOMÁS.—A description of Patagonia and the adjoining parts of South América. London. 1774. p. 119.

(2) SCHULLER, RODOLFO R.—Sobre el origen de los charrúa. Anales de la Universidad de Chile. Tomo CXVIII. p. 487. Santiago. 1906. 1.º semestre.

(3) Historia de Indias. ob. cit. p. 182.

za del doliente, un grano negro de maíz y un pedazo de carbón, para protegerle contra los sueños. Creen que si soñara del muerto y despertara de repente, vería el ánima y esta podría causarle daño (1).

Los seminolas de Florida continúan los ritos funerarios durante cuatro días y en seguida resumen sus ocupaciones acostumbradas. Las viudas no se peinan por un año después de la muerte de su marido ni pueden volverse a casar durante ese período (2).

Entre los indios de Norte América como también entre algunos de los de Sud-América se encuentra muy repartida la idea de que el ánima del recién muerto frecuenta la vecindad por cuatro días después de la defunción y sólo terminado este período, inicia su viaje al otro mundo. Esta idea originó probablemente en la creencia de que el ánima no puede alejarse del cuerpo, mientras este no se haya sepultado, y como las ceremonias mágicas relacionadas con el entierro son generalmente demorasas y no se sepulta el cadáver hasta que los deudos se han despedido del muerto, el tiempo que media entre la defunción y el entierro, nunca era menos que los cuatro días mencionados.

Posteriormente, cuando muchas de las ceremonias se suprimieron y el entierro se hacía con mayor brevedad, persistía la creencia de que el ánima quedaba en los contornos hasta terminar los cuatro días.

Se creía también que las ánimas no podían iniciar su viaje al otro mundo, de noche, por estar obscuro el camino. Los seminolas, y otras tribus que sepultaban sus muertos en posición tendida, colocaban el cadáver con los piés hacia el oriente, porque el sendero por donde tendrían que viajar principiaba en el punto donde aparecía el sol por la mañana y si el cadáver fuese dejado en otra posición el ánima no podía divisar dicha punto y se perdería en la obscuridad (3).

(1) The Zuñi Indians. Ob. cit. p. 307.

(2) The Seminole Indians of Florida. ob. cit. p. 522.

(3) The Seminole Indians. of. Florida. ob. cit. p. 522.

Entre los omahas era costumbre que los viudos y las viudas esperasen de cuatro a siete años antes de volverse a casar. Si lo hacían antes, los parientes del difunto las golpeaban y las maltrataban, quitándoles sus posesiones (1).

En las Antillas y todas las costas vecinas al Mar Caribe los indios solían cantar canciones lúgubres rememorando los hechos y cualidades del muerto; alternando los cantos con bailes mortuorios, llamados areitos. Estas ceremonias de duelo fueron continuadas por los parientes por quince o veinte días después del entierro. El hijo del cacique heredaba la posición y las mujeres de su padre (2).

Las costumbres de los esquimales son muy interesantes en este respecto y varían según la localidad, probablemente debido a su contacto con los diferentes pueblos que deslindan con ellos.

Entre los que ocupan la región central de la parte septentrional del continente, las costumbres y tabús relacionadas con el duelo son complicadas y numerosas.

Cuando muere un niño, durante un año a lo menos, la madre, cuando sale de la choza, debe cubrirse la cabeza con un gorro o una piel. Cada vez que ella pesca una foca, debe bostarse el gorro que lleva y hacerse otro nuevo. Los padres, cuando viajan, llevan el calzado del niño muerto y lo sepultan en el lugar donde se detienen, debajo de la nieve y las piedras. No se les permite a los padres comer carne por un año después de la muerte. La madre debe prepararse su comida en una olla que se destina exclusivamente a ese objeto. Para que ella pueda entrar en una choza donde hay hombres es preciso que ellos salgan primero. Si quiere salir de una choza cuando hay hombres presentes debe pasar por detrás de todos ellos.

Sus costumbres en el duelo por los adultos no son menos

(1) DORSEY, REV. J. OWEN.—*Omaha Sociology*. III. Annual Report of the Bureau of Ethnology. pp. 267-8. Washington 1884.

(2) OVIEDO, GUMILLA SOLIS y otros cronistas.

curiosas. El cadáver debe ser llevado a la sepultura por los parientes más cercanos. En el caso de emplear trineos, no pueden ser arrastrados estos por los perros como se hace en general, sino por los mismos deudos. Raras veces emplean el trineo; porque en tal caso tendrían que dejarlo con el cadáver; pues no se lo podía volver a usar.

Después de regresar a la choza, los parientes se encierran por tres días, para lamentar al muerto.

Durante este tiempo no se peinan y tapan las ventanillas de la nariz con pedacitos de cuero (1). Después de los tres días se abandona para siempre la choza, pero antes de hacerlo echan los perros, para que coman lo que pueden encontrar. No los echan por la puerta sino por la ventana. Por algún tiempo después los deudos deben preparar su comida en ollas aparte.

Por tres o cuatro días después de una defunción, los habitantes de una aldea no deben ocupar los perros en los trineos, y por un día a lo ménos no pueden salir a cazar. Las mujeres tampoco deben ocuparse en ese día de ninguna faena doméstica. Sólo después del cuarto día, las parientes pueden aventurarse sobre el hielo.

Al viudo se le permite guardar solo la carne de la primera foca que caza después de la muerte de su mujer; el cuero, la gordura, los huesos y los intestinos deben arrojarse al mar. Todos los parientes deben vestirse de nuevo y la ropa que usaban al tiempo de la muerte es botada. No se les permite entrar en ninguna choza ajena sin permiso, ántes que hayan cumplido con esta restricción (2).

Lyon, hablando de las mismas tribus, (los iglulik, esquimales de la tierra de Baffin), dice respecto de estas costumbres: «A las viudas se les prohíbe durante seis meses comer

(1) Es probable que esto se hacía en un principio para impedir que el ánima les entrara al cuerpo; pues varias tribus creen que el espíritu, durante los sueños, entra y sale por la nariz; relacionando el ánima con el aliento; idea común entre los pueblos primitivos.

(2) The Central Eskimo, ob. cit. pp. 611 a 615.

carne que no se haya cocido. No pueden usar el pelo trenzado, y cortan una parte de sus largas cabelleras en señal de dolor, la parte que dejan queda suelta sobre los hombros sin peinarse. Después de los seis meses de duelo pueden comer carne cruda y trenzar de nuevo su pelo; como también casarse de nuevo; pero entretanto cohabitan con sus futuros maridos; si los encuentran; o de no, distribuyen sus favores de un modo más general.

El viudo en compañía de sus hijos permanece en la choza donde murió su mujer durante tres días. Pasado este tiempo muda a otra. No se le permite cazar en toda la estación, ni contraer nuevo matrimonio durante el mismo período» (1).

Las tribus de la vecindad de la Bahía Hudson no permitían que los deudos fumasen durante el tiempo que se mantenía el duelo. No quitaban, ni de día ni de noche, la capucha de pieles que les cubría la cabeza, y colocaban en ella las plumas del *Uria grylle*, y amarraban otras en cada brazo, por encima del codo. Todos los hombres usaban un cinturón y guantes durante el duelo (2).

Entre los esquimales del Estrecho de Behring nadie trabaja el día en que ocurre la defunción, y los parientes del muerto no deben trabajar durante los tres días siguientes. Es especialmente prohibido durante ese período usar instrumentos cortantes o punzantes, porque creen que se puede cortar o lastimar al ánima que ronda por sus antiguos *lares*. En estos días los deudos deben ocupar sus puestos acostumbrados en las chozas, pero el lugar ocupado por el muerto debe llenarse de otros objetos para que no lo vuelva a ocupar (3).

(1) A. Private Journal, etc., ob. cit. p. 368.

(2) HALL, CHARLES F.—Narrative of the second Arctic Expedition made by Charles T. Hall: his voyage to Repulse Bay, sledge journey to the straits of Fury and Hecla and to King Willums Land, and residence among the Eskimos during the years 1864-69. London. 1879.

(3) The Eskimo about Bering strait. ob. cit. p. 312.

Murdock dice que entre los esquimales de Norton Sound, los parientes de los muertos no deben cortar leña por cinco días después de una defunción; ni usar martillos, ni otras herramientas que pudieran lastimar las ánimas (1).

Todos los autores están de acuerdo en que, por el tiempo que dure el duelo, los parientes del muerto deben dejar de comer ciertos alimentos; sobre todo, la carne cruda; y que al encontrarse con un conocido o un amigo que ven por primera vez después de la defunción, le saludan con llantos y lamentaciones; aun cuando haya pasado mucho tiempo. Nansen, tratando este punto, dice: «Deben llorar y mantener el duelo por el difunto durante un período fijo (2), y cuando se encuentran con amigos o parientes que no han visto después de la muerte, deben—aún habiéndose pasado largo tiempo—llorar y aullar tan luego como el recién llegado haya entrado en la casa. Estas escenas de lamentaciones son en extremo burlescas, y no dejan de ser mera comedia, que termina en un banquete consolatorio (3).

No solo pasaba esto con los amigos y parientes, sino también con todos los que visitaban la agrupación, aunque fuesen forasteros o aun extranjeros.

Es ésta la práctica, indubablemente, que ha llamado la atención de los viajeros que han descrito la costumbre de saludar con llanto, cuyo verdadero alcance no han llegado a comprender.

Los conquistadores, los descubridores y los viajeros que han visitado los indios, luego después de la muerte de uno de sus deudos, se sorprenderían al ser recibidos con un saludo, a su modo de ver, tan extravagante y no dejarían

(1) MURDOCH JOHN.—Ethnological results of the Point Barrow Expedition. IX Annual Report. Bureau of Ethnology. p. 424. Washington. 1892.

(2) Dicho período duraba de pocos meses a un año, según la categoría del difunto.

(3) Eskimo Life, ob. cit. p. 249.

de llamar la atención hacia el. Los que visitaban estas mismas tribus en tiempos normales no verían nada de semejante costumbre y por consiguiente no la mencionarían y por eso se ha supuesto que era solo localizada en dos o tres centros aislados; pero la verdad es que era común a la mayor parte de las tribus del continente y ha existido en otros tiempos casi por el mundo entero.

Los indios crees tenían la costumbre de prevenir a los ausentes de la muerte de un individuo de la agrupación, por medio de un poste plantado en el camino por donde se esperaba su llegada. Se colocaba en este poste el objeto de que el difunto derivaba su nombre; es decir su totem su pictografía o cualquiera cosa que pudiera indicar quién era el difunto.

Esto lo hacían con el doble propósito de advertir al viajero e impedir que pronunciara el nombre muerto que desde ese momento quedaba *tabú*, como también para que al llegar a vista de la ranchería prorrumiera en llanto y lamentaciones como era rigor entre ellos (1).

Los chiriguano del Chaco boliviano quebran el espinazo del muerto, creyendo que al hacer esto no vuelve el espíritu; pero es probable que la costumbre originó en la necesidad de acomodar el cadáver en la urna de greda que sirve de féretro.

La misma tribu, como varias otras emparentadas con ellos, llevan a exceso la costumbre de llorar al muerto con llanto y lamentaciones. Si muere un hombre, su mujer, o si es soltero, su madre principia el llanto y todos los concurrentes la hacen coro.

Cada persona que asiste a los funerales, ayuda en las lamentaciones y hace un elogio del muerto en tono lastimero y lloroso. Esto dura por varios días y noches, sin ningún descanso; tornando los presentes, que en general son todos los de la reducción. Entre tanto, no beben ni comen; hasta los niños ayunan.

(1) Relations Jésuites, ob. cit. Tomo II. p. 48.

Después del entierro, todos los asistentes van juntos al río o agua corriente más cercana, se lavan, se bañan y vuelven corriendo a la choza, en un rincón de la cual se ha hecho la sepultura. Se sientan al rededor de esta y cortan el pelo de la viuda lo más corto posible. El cabello lo arrojan sobre la tumba. La viuda de rodillas, llora y solloza hasta regar con sus lágrimas toda la tierra recién removida, golpea el suelo i no deja de plañir. Después cubre la cabeza con todos los trapos viejos que puede encontrar en la cabaña. El duelo dura por lo menos un año, durante el cual no asiste a ninguna reunión o fiesta. Todos los días debe plañir cinco o seis veces. La tribu la mira con malos ojos si vuelve a casarse antes del término acostumbrado del duelo; caso que le es harto difícil (1).

Los calchaquíes también lloraban a los muertos de una manera parecida. Dice Techo que cuando un individuo se enfermaba de gravedad i se encontraba agonizante, se reunían todos los parientes y mientras duraba con vida se cerraban a beber, día i noche plantando flechas en el suelo a contorno del lecho para espantar la muerte. Inmediatamente después del último suspiro, las personas presentes, principiaban a lamentar en voz alta. Las ceremonias duraban ocho días antes de efectuar el sepelio. Después del entierro se quemaba lo chóza donde ocurrió la muerte. El duelo duraba un año y el color usado para los vestidos durante este tiempo era el negro (2).

Las costumbres del duelo entre los araucanos las trataremos en detalle, más tarde.

Coazzi nos da la descripción siguiente de los ritos fúnebres de los yaganés: «Al acercarse la muerte, los miembros de la familia y todos los presentes prorrumpen en gritos terribles.

Después de la muerte, los parientes más cercanos se tiñen

(1) THOUAR A.—Explorations dans l'Amérique Sud, á la recherche des restes de la mission Crevaux. pp. 46-53. Paris. 1891.

(2) Historia de Paraguay. ob. cit. Lib. V. cap. XXIII.

el rostro y las manos de negro, se arrancan el pelo y se hieren el cuerpo con conchas o cuchillos.

El cadáver, envuelto en harapos, es enterrado con sus armas, si es hombre, con sus cestas y útiles de pesca, si es mujer.

Antiguamente los yaganes solían cremar el cadáver en el bosque cerca del lugar donde había ocurrido la muerte; y Bove que afirma ésto, dice que la precipitación con que se ejecutaba esta operación daba lugar a desagradables sorpresas.

Por ejemplo, un indio «acompañaba a la hoguera a un pariente suyo creído muerto. Muchas fueron las lágrimas y grande la desesperación cuando el *yacamush* (médico) dió al difunto el extremo adios y puso fuego a la *pira*, sobre la cual yacía el cadáver, pero ¡oh espectáculo! no bien las llamas empezaron a chamuscar las carnes, el muerto dió un salto... El calor lo había vuelta en sí: la muerte no había sido más que un largo desmayo, al cual parece que los fueguinos están muy sujetos».

«Pero ahora los yaganes han abandonado el sistema de la cremación cuando la persona muere en localidades extranjeras y esto a fin de que... ¡los enemigos no hagan de los huesos harpones para la pesca! También entre los yaganes, como entre los onas, los parientes del difunto abandonan la choza en que murió y abandonan por algún tiempo la localidad» (1).

La mayor parte de las costumbres concernientes, el duelo y el tabú son comunes a muchas otras tribus que no hemos mencionado, por no extendernos demasiado.

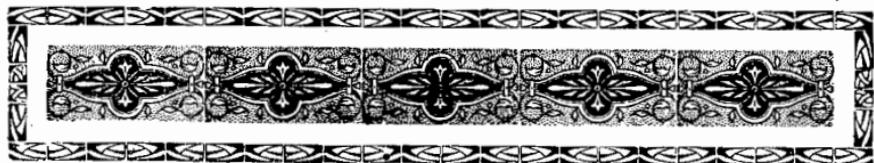
Así los winebagos, tiñen de negro la cara y el cuerpo, andan descalzos por un año, y cortan el pelo en señal de dolor.

Todos éstos ejemplos recalcan el hecho de que el modo de pensar y de obrar de los pueblos primitivos es semejante por todas partes y que no es preciso recurrir a hipótesis insostenibles de contactos o de descendencia común en épocas leja-

(1) Los indios del Archipiélago Fueguino. ob. cit. parte 2. pp. 37-8.

nas para explicar costumbres que vemos esparcidas, no sólo por todo el continente; sino por el mundo entero entre pueblos de un estado cultural más o menos parecido.

Todas las costumbres que hemos citado hasta aquí se encuentran en otras partes del mundo, entre los australianos, los micronesios, los polinesios, los pueblos asiáticos y africanos y al estudiar la historia primitiva de los pueblos hoy civilizados, vemos que no hace muchos siglos se encontraban en igual condición.



CAPITULO VII

COSTUMBRES Y CREENCIAS CURIOSAS

Costumbres basadas en animismo.—Antropofagía.—Desollar el cuerpo o la cara.—Pielés humanas rellenas de cenizas u otras cosas.—Muertos llevados como estandartes.—Veneración a las momias de los antepasados.—Costumbres de los chibchas.—Resurrección simbólica.—Cadáveres sujetos a estacas.—Rojo, el color sagrado.—Sacrificios humanos.—El cráneo objeto de culto.—Curiosa manera de conservar los cadáveres.—Osarios.—Costumbres mortuorias de los moluches y otras tribus de las pampas.—Se quiebra el espinazo del muerto para que no vuelva.—Sepultura de vivos entre los chinooks.—Supersticiones.—Manera primitiva de abovedar las sepulturas.—Curiosa disposición de los muertos.—Supersticiones de los sia, omahas, dacotas, zuñis, tlingits y esquimales.—El duelo entre los choctaws.—Supervivencias.

Además de aquellas costumbres y creencias que hallamos repartidas en grandes zonas y entre muchas naciones, tanto en el norte como el sur del continente, existen otras locales, o menos generales, que también ofrecen mucho que es curioso e interesante para el estudiante de la psicología. Como las demás que hemos pasado en revista, estas también tienen su base en el animismo y las ideas despertadas por el respeto o

temor de los espíritus de los muertos. Hasta las costumbres más hórripilantes y crueles; para con los propios y los enemigos; en el fondo están relacionadas con estas ideas; pero a menudo quedan como reliquias, mucho después de que las creencias que les dieron nacimiento hayan evolucionado y los que las practican hayan olvidado su significado real o simbólico. Así la antropofagia o canibalismo, que en su principio era un rito supersticioso basado en la idea del traspaso de las cualidades de la víctima al participante; continuó entre muchas tribus como práctica abominable de gula mucho después de haberse perdido su significado primitivo.

La costumbre de cortar y conservar la cabeza de los enemigos muertos en combate, se inició con la idea de que era un gran fetiche que daría a su poseedor la astucia, fuerza o valor del muerto y en este sentido formaba un objeto cultural. Al perderse poco a poco esta estimación, se siguió la práctica con la idea de conservarla como trofeo, sin que se borrara completamente la alusión simbólica; puesto que todavía se usaba con frecuencia como ofrenda a los espíritus de los antepasados, o como sacrificio a los seres sobrenaturales de su teogonía.

Otro tanto se puede decir de la costumbre de desollar todo o parte del cuerpo de los enemigos y los diferentes destinos dados a estas pieles. En su origen se debe a la misma orden de ideas y su primer objeto era ritualístico; y no como creen muchos simple exhibición de pasiones brutales.

El motivo de otras costumbres queda obscuro y ni los que las practican pueden explicar su significado, conformándose a menudo con decir: «asi hicieron nuestros padres y abuelos». El conservantismo, o conservación de las costumbres de los antepasados es una de las características de todos los pueblos poco civilizados y muchas son las reliquias de antiguos ritos y creencias que encontramos en todos los países, cuyos motivos y orígenes están hoy completamente perdidos.

Por ejemplo, encontramos entre los lenguas una serie de ritos, no comprendidos por los indios que los continúan hoy,

únicamente, porque sus antepasados lo hacían. No es difícil adivinar el motivo de algunos de ellos; pero solo se puede hacerlo después de comprender las ideas propias a las diferentes etapas de la evolución mental de la humanidad, en sus primeras tentativas de descubrir los enigmas de la naturaleza.

Los lenguas casi siempre colocan brasas o rescoldo debajo de las plantas de los pies y en la cabeza del muerto, probablemente con la idea de impedir su vuelta de la tierra de las sombras. Si el difunto ha sentido dolores de cabeza durante la enfermedad que causó la muerte; al colocar el cadáver en la sepultura, despedazan el cráneo a golpes de macana. Si fuese el corazón el atacado, disparan sus flechas a ese órgano. A veces se clava una estaca debajo del omóplato, atravesando el cuerpo y fijándolo en la tierra por este medio. En el caso de que la enfermedad haya sido la hidropesía, el cadáver recibe una lluvia de flechas y el jefe del duelo lleva en la mano un atado de yerbas, las cuales son quemadas en seguida y cada miembro del cortejo fúnebre inhala un poco del humo. Un rito muy común y que casi nunca se omite, es el de abrir el costado del cadáver e insertar en la herida piedras calientes, las uñas de armadillo, huesos de perro u hormigas; y no siempre está muerto el individuo cuando se ejecuta la operación, sobre todo si hay apuro; porque para ser eficaz la conjuración es preciso que se haga antes de que el ánima haya abandonado la vecindad del cuerpo (1).

Es probable que la destrucción de la parte afectada sea motivada por la idea de estar alojado en ella el espíritu maligno que ha causado la muerte.

Las uñas de armadillo, según sus creencias, cavan bajo el suelo hasta que dan con el brujo culpable. Entonces le entran en el cuerpo y lo destruyen (2).

De la costumbre de desollar el cráneo del enemigo como

(1) An Unknown People. ob. cit. p. 162.

(2) Id. id. id. p. 163.

trófeo de guerra, de la de llevar la cabeza entera y de la de desollar el cuerpo, existen muchísimas citas, y Friederici ha resumido muchas de ellas en un notable tratado sobre este punto (1).

Los antiguos cronistas de las cosas de América abundan en esta clase de detalle. Gomara nos describe cómo los indios de Pánuco mataron a muchos españoles, comiéndolos en seguida «y aún los desollaron, y pusieron los cueros bien curtidos en los templos por memoria y ufanía» (2).

Esto sucedió en 1518. Cinco años tarde, Francisco de Garay mandó otra expedición al mismo punto, la que corrió idéntica suerte y según Gomara de setecientos, los indios mataron cuatrocientos; muchos de los cuales «fueron sacrificados y comidos; y sus cueros puestos por los templos, curtidos o embutidos; que tal es la cruel religión de aquellos, o la religiosa crueldad» (3).

Cortés cuando fué a castigar a los indios de Pánuco, tres años más tarde, halló estos lúgubres despojos y dice que tenían «las caras propias de los españoles desollados en sus oratorios, digo los cueros dellas, curados en tal manera que muchos de ellos se conocieron» (4).

Herrera dice lo mismo: «las Caras, con las Barbas desolladas, curtidos los cueros y pegados por las Paredes, y algunos fueron conocidos, que movieron a lágrimas a sus amigos» (5).

El virrey don Antonio de Mendoza (1542-1543), escribiendo de los chichimecas de Jalisco y Mechuacan dice que «desuéllanles las caras y cabezas, estando vivos» (6).

(1) FRIEDERICI GEORG.—Scalpieren und ähnliche Kriegs gebräuche in Amerika. Braunschweig 1906.

(2) *Historia de las Indias*, ob. cit. p. 183.

(3) *Historia de las Indias*, ob. cit. p. 183.

(4) *Cartas de Hernán Cortés*.—Carta fechada en Pánuco 1820.

(5) HERRERA.—*Décadas* III. p. 107. II.

(6) Citado por SCHULLER R.—Desollar la piel del cráneo. p. 95. *Rev. de Hist. Natural*. Mayo 1907. Santiago.

Los indios de Colombia también desollaban a sus enemigos.

Refiriéndose a las costumbres de los indios de Cali, dice Cieza de León: «abríanlos con cuchillos de pedernal y los desollaban, y después de haber comido la carne henchían los cueros de ceniza y hacíanles caras de cera con sus propias cabezas, poníanlos en la tabla de tal manera, que parecían hombres vivos. En las manos a unos les ponían dardos, y a otros lanzas, i a otros macanas» (1).

Encontró la misma costumbre en Ecuador (2) y en la provincia de Jauja en el Perú entre los indios guancas, de quienes dice «a los que tomaban en las guerras desollaban, y henchían los cueros de ceniza, y de otros hacían atambores» (3).

Sarmiento de Gamboa relatando la conquista de los collas por el inca Tupac Yupanqui cuenta cómo capturó las plazas fuertes de Llallana, Asillo, Arapa y Pucara. Tomó prisionero a los principales capitanes y al comandante en jefe chueachucay Pachacutí Coaquiri, a quienes hizo matar y convirtió sus pieles en tambores (4).

Parece que esta era costumbre entre los incas, porque el mismo autor nos cuenta que cuando Huayna Capac dominó la rebelión de las tribus del norte y de Ecuador, ordenó hacer un tambor de la piel del cacique Pinto de los cayambis; quien había sido apresado por sus soldados (5).

Cieza de León en la segunda parte de su Crónica del Perú; obra que desde el error de Prescott, fué generalmente imputada a Sarmiento, describe un rito curioso, ordenado por el Inca Yupanqui, después de la derrota de los chancas. De-

(1) La Crónica del Perú. ob. cit. p. 380. Cap. XXVIII.

(2) La Crónica del Perú, ob. cit. p. 403. Cap. XLIX.

(3) La Crónica del Perú. ob. cit. p. 432. Cap. LXXXIV.

(4) SARMIENEO DE GAMBOA, PEDRO.—History of the Incas p. 145, traducción de Sir Clements Markham. Cambridge 1907.

(5) SARMIENEO DE GAMBOA, PEDRO.—History of the Incas. p. 165, traducción de Sir Clements Markham. Cambridge 1907.

cretó que todas las tropas incas que habían caído en la batalla fuesen sepultadas con las ceremonias de costumbre; pero para los chancas, hizo construir una gran casa sobre el mismo campo de batalla, como mausoleo; donde se colocaron los restos como recuerdo. Hizo desollar los cadáveres y rellenarlos de ceniza o de paja y dejándolos en posturas naturales; algunas con tambores y otros con flautas. Agrega Cieza, que Alonso Carrasco y Juan de Pancorvo le contaron que ellos y muchos otros que llegaron con Pizarro y Almagro habían visto esos cueros rellenos de cenizas (1).

En el tercer tomo de Cronau, encontramos esta curiosa relación de los indios de Virginia. «Al lado se veía otro edificio también sin ventanas, destinado a panteón de los caciques, cuyos cadáveres eran depositados sobre un armazón de madera de tres metros de elevación. Dichos cadáveres estaban armados artificialmente, para lo cual empleaban el siguiente procedimiento. En cuanto fallecía el individuo le abrían el vientre y le sacaban los intestinos: después desollaban el cuerpo y mondaban la carne de los huesos, la secaban al sol y, envuelta entre esteras, la ponían más tarde al pies de la momia. Los descarnados esqueletos conservaban unidos sus huesos por medio de los tendones, que durante la operación se procuraba con exquisito cuidado no cortar, y después toda su osamenta era revestida de cuero hasta darle la verdadera forma del cuerpo humano. Por fin volvían a poner la piel verdadera sobre aquellas momias, y hecho esto las colocaban en el lugar correspondiente» (2).

Barros Arana, hablando de las barbaridades de los araucanos, dice que desollaban vivos a algunos de los prisioneros, «comiendo en seguida sus carnes y moliendo los huesos que no podían utilizar. Guardaban algunos indios, como prenda de gran estimación, la piel del rostro de sus víctimas, para usarlas como máscaras en sus fiestas y borracheras, una

(1) CIEZA DE LEÓN.—Segunda Parte de la Crónica del Perú. Cap. XLVI. Madrid 1880.

(2) CRONAU, RODOLFO.—América. Tomo III. p. 211. Barcelona 1892.

mano, o a lo menos una tira de cuero que empleaban para amarrarse los cabellos» (1).

Varios de los cronistas citan estas costumbres bárbaras de los araucanos.

Los indios de Tunja en Colombia practicaban una operación semejante a la empleada por los de Virginia para preparar los cádaveres de sus caciques valientes, los que fueron llevados a la guerra como estandartes.

Dice Gomara: «Llevan a la guerra hombres muertos que fueron valientes, para animarse con ellos, y por ejemplo que no han de huir más que ellos, ni dejarlos en poder de los enemigos; los tales cuerpos estan sin carne, con sólo el armadura de los huesos asidos por las coyunturas» (2).

Otras tribus de Colombia hacían la misma cosa con los cádaveres embalsamados de sus antepasados (3).

Los incas y los indios de Jauja, conservaban las momias de sus antepasados, sacándolas en ocasión de sus grandes ceremonias y tributában los honores y veneración y aún sacrificios humanos.

Describiendo los diferentes modos de entierro hallados en el Perú, Cieza de León habla de los de Jauja en estos términos: «En la provincia de Jauja, que es cosa muy principal en estos reinos del Perú, los meten los muertos en un pellejo de una oveja fresco (llama), y con él los cosen, formándole por de fuera el rostro, narices, boca y lo demás, y de esta suerte los tienen en sus propias casas, ya los que son señores y principales ciertas veces en el año los sacan sus hijos y los llevan a sus heredades y cacerías en andas con grandes ceremonias, y les ofrecen sus sacrificios de ovejas y corderos, y aún de niños y mujeres» (4).

(1) CRONAU RODOLFO.—América Tomo III. p. 211. Barcelona 1892.

(2) BARROS ARANA, DIEGO.—Historia General de Chile. Tomo I. pág. 90. Santiago. 1884.

(3) HISTORIA DE LAS INDIAS.—Ob. cit. p. 202.

(4) PIEDRAHITA DE, LUCAS FERNÁNDEZ.—Conquista del Nuevo Reino de Granada. Amberes 1688.

Azara nos cuenta que los payaguás del Chaco, enterraban sus muertos parados, dejando la cabeza fuera de la sepultura y cubriéndola con una olla de barro» (1).

Entre las costumbres curiosas relacionadas con la muerte, se puede incluir la de los antiguos chibchas, de hacer responsable al marido cuando la mujer moría de parto y de considerarle criminal. Su suegro le quitaba la mitad de sus bienes, salvo que sobrevivía el hijo, caso que era muy excepcional, entonces le dejaban algo para la crianza de la criatura. Si el hombre no tuviera nada, los parientes de la mujer difunta podrían darle muerte (2).

Entre estos mismos pueblos, las largas y costosas ceremonias de inhumación, diferían según la zona, y las castas: en unos puntos se extraían las vísceras para rellenar el cuerpo con objetos preciosos: en otros se exponían los cadáveres en catafalcos contruídos en torno de los templos para que se secasen al sol; otros los secaban a fuego y algunos los echaban al agua; pero estas operaciones sólo se efectuaban en el caso de personas de calidad. Los pobres se enterraban en el acto, en el suelo, con los objetos que poseían y encima de la sepultura se plantaba un árbol para evitar que fuese profanada. «Los cadáveres de los adúlteros se corrompían sin entierro, para mayor escarmiento» (3).

Los salivas y pijaos arrojaban sus muertos al río, después de encerrarlos en un féretro, llorándolos primero con bailes por tres días y sólo daban sepultura a sus jefes. En las sepulturas de los caciques de los pijaos se han encontrado planos de los territorios que gobernaban, grabados en lajas de piedra (4).

(1) LA CRÓNICA DEL PERÚ.—Ob. cit. p. 416. cap. LXIII.

(2) AZARA, FELIX DE.—Geografía Física y Esférica de las Provincias de Paraguay. Anales del Museo Nacional de Montevideo 1904. p. 347.

(3) RECLUS. E.—Geographie Universelle. Traducción de la parte referente a Colombia, por Vergara y Velasco.

(4) GEOGRAPHIE UNIVERSELLE.—Ob. cit. y notas de Vergara y Velasco.

Los chibchas enterraban a sus caciques con mucho secreto, probablemente con la idea de impedir la profanación de la sepultura, por los ladrones. «Desde que algún cacique toma la posesión de sus dominios, iban los *jeques* (sacerdotes) secretamente a cavar su sepultura en un lugar retirado y oculto, del que no llegaba a tener conocimiento ni aún aquél señor a quien estaba destinada. Abrían un hoyo profundo en medio de los bosques, en las espesas sierras o en lugares donde, después de enterrar el cuerpo hacían correr agua de los ríos, o lagunas para cubrir la fosa, de manera que no quedase rastro alguno que pudiera revelar su existencia.

Los jeques hacían secretamente el entierro, y si alguna otra persona llegaba a saber el lugar de la sepultura, y lo revelaba, la amarraban a un palo y la flechaban, y premiaban al que le acertara más pronto al corazón o a un ojo.

Al rededor del cuerpo quedaban las *múcuras* de chicha y los bollos de maíz. Cubríanlo todo con una capa [de tierra, encima de la cual sepultaban vivas tres o cuatro de las mujeres más queridas del cacique. Echaban luego otra capa de tierra, y sobre ella ponían los esclavos que mejor le habían servido. Finalmente llenaban la superficie de tierra para que el odioso sepulcro quedara oculto (1).

En los dominios del hunsa cuando fallecía alguna persona noble o principal que no fuera cacique, le vaciaban el vientre, secaban el cuerpo a fuego lento sobre una barbacoa, lo henchían de oro en tejuelas y en otras formas, y de esmeraldas, y lo envolvían en mantas con muchas ligaduras. En este estado lo colocaban sobre una especie de camas grandes, un poco altas, que tenían en uno de los lados interiores de sus templos (2).

Oviedo, hablando de esta costumbre dice: «E por la diligencia e manos de nuestros soldados fueron después digestos

(1) GEOGRAPHIE UNIVERSELLE.—Ob. cit. y notas de Vergara y Velasco.

(2) RESTREPO, VICENTE.—Los Chibchas antes de la Conquista Española pp. 116-117. Bogotá. 1895.

(3) Id. id. id.

é alimpiados aquellos estómagos e vientres rellenos, en que se ovó mucha cantidad de oro e de esmeraldas, que allí estaban perdidas con el oro» (1).

Los indios neutrales (iroqueses), cuando morían su grandes capitanes o las personas notables por su valor o talento, los resucitaban simbólicamente por la sustitución de otro individuo parecido al difunto en edad, persona y carácter. La elección se hacía por todo el clán, reunido en consejo. Una vez elegido el sustituto todos los miembros de la tribu se reunían para presenciar los ritos. El maestro de ceremonias, que era generalmente el shaman, bajaba la mano suavemente al suelo, y figuraba el levantamiento del muerto, representado por el candidato elegido y le daba nueva vida. El resucitado quedaba investido del nombre y dignidades del fallecido y se aclamaba jefe en lugar de éste (2).

Los quapaués (sioux) a menudo entierran los muertos de la siguiente manera. Plantan en el suelo una estaca, a la cual amarran el cadáver en posición sentada. Encima amontonan tierra y piedras hasta formar un túmulo (3). Los sauks también amarran el cadáver a una estaca pero lo dejan abandonado sin cubrirlo de tierra (4).

Los sekanis a veces colocan sus muertos, en posición parada, en los árboles huecos, o excavan algún tronco para que sirva de ataúd y lo dejan colgado verticalmente a las ramas de un árbol (5).

Hemos mencionado la costumbres de algunas tribus de pintar los huesos de los muertos, y que el color usado para este objeto era casi siempre el rojo. Entre muchas tribus el rojo es el color sagrado y se encuentra muy empleado en

(1) Id. id. id.

(2) BREBEUF. ob. cit.

(3) KIP. W. INGRAHAM The Early Jesuit Missions in North America. Albany 1866.

(4) Handbook of American Indians. ob. cit, (Art. Sauk) Tomo II p. 479.

(5) MORICE. Notes on Western Dénés. ob. cit.

otras ceremonias mágicas o religiosas. Muchos de los objetos sacrificados en sus ritos, como plumas, paños, etc. son de este tinte.

En Punta Pichalo cerca de Pisagua, se han encontrado momias pintadas de rojo y lo que es más curioso, los cuerpos llenados de tierra de ese color. Es verdad que en la misma localidad se han encontrado cadáveres de niños pintados de otros colores (1), y en el Museo Nacional de Santiago se encuentran dos cráneos procedentes de la Isla de la Mocha, pintados de color gris plomo y los bordes de las órbitas de negro.

La mayor parte de los indios ofrecían sacrificios a los seres superiores, dioses o elementos de la naturaleza, y muchas veces esos sacrificios eran seres humanos. Algunos pueblos sacrificaban a los prisioneros después de terminada una guerra.

En tiempos pasados, los kansas arrojaban los corazones de los muertos en batalla, al fuego, como sacrificio a los cuatro vientos. Los hurones quemaban las vísceras y una porción del cuerpo de las personas que morían ahogadas, para propiciar el dios de las nubes, a quien suponían enojado. Los taensas cuando uno de sus templos fué destruido por el rayo, arrojaron cinco niños a las llamas a manera de sacrificio para ganar la voluntad del dios ofendido.

Los iroqueses sacrificaban a un niño recién nacido, disparando sus flechas en el cuerpo; molían los huesos y los bebían en agua; antes de partir, a una expedición de guerra, creyendo que este acto traería buena suerte (2).

En otras partes como en México, Centro América, Colombia y el Perú, los sacrificios humanos, se hacían en enorme

(1) CANALES PEDRO P.—*Los Cementerios Indígenas en las costas del Pacífico*. Actas del XVIIº Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires 1912. p. 293.

(2) *Handbook of American Indians*. ob. cit. Tomo II. pág. 404. Artículo «Sacrifice.»

escala, sin hablar de las mujeres muertas o enterradas vivas en las sepulturas de sus maridos.

La cabeza o el cráneo de los muertos ha sido considerada por algunas tribus como objeto de culto o de especial reverencia. Así lo hemos visto entre los payaguas. Dixon observó que entre los Tlinkit la manera de disponer de sus muertos era de separar la cabeza del tronco, y que éste se colocaba en cajones soportados sobre cuatro postes, (como también lo hacen los esquimales de Alaska). La cabeza se conservaba separadamente en una caja esculpida y adornada o pintada de varios colores, que se guardaba en un armazón colocado encima del cajón que contenía el resto del cadáver. A veces el cuerpo se quemaba y solamente las cenizas se guardaban en el cajón; pero siempre se conservaba intacta la cabeza en la forma dicha (1).

En las pequeñas islas de Guañape y Macabi, situadas en la costa del Perú, entre Chimbote y Salaverry, se encontraron cementerios muy antiguos considerados sagrados.

A varias profundidades se hallaron momias de mujeres, todas sin cabeza, que parecen haber sido víctimas de los sacrificios.

El depósito de huano en estas islas tenía en partes una altura de 730 piés y se han hallado antigüedades a más de cien pies debajo de la superficie (2).

Una curiosa costumbre se conserva todavía entre los quechuas de la altiplanicie, de la región comprendida entre Uyuni, Potosí y Toropalca. Estos indios han adoptado en apariencia las prácticas cristianas, llevan sus muertos a la iglesia y los entierran según los ritos católicos; pero a pesar de todo esto conservan la mayor parte de sus antiguas supersticiones y muchas costumbres añejas, algunas de las cuales practican conjuntamente con los ritos de la iglesia.

Cada año, en el día de Todos Santos, los parientes del di-

(1) DIXON.—Voyage round the world p. 175. y 181. London 1789,

(2) MARKHAM SIR CLEMENTS. The Incas of Perú. p. 118 London 1910.

funto levantan pequeños altares dentro de la iglesia parroquial, en los cuales colocan representaciones de los cráneos y huesos de los muertos, y pagan al cura para que cante *responsos* (1). Este rito es evidentemente un recuerdo del tiempo cuando hacían ofrendas de verdaderas cabezas o cráneos a las ánimas de los muertos.

Otra curiosa manera de conservar los muertos se encontraba entre los alentianoe del archipiélago de Sitkau.

Para los ricos o personas de importancia adoptaban un procedimiento especial. Se sacaban las vísceras y en seguida se limpiaban bien el cuerpo, extrayendo toda la grasa posible en agua corriente; se lo secaba bien y se lo envolvía en cueros y esteras de esparto, colocándolo después en una cueva. A veces se lo colocaba en postura natural; como si fuese ocupado en alguna tarea, como la pesca, la caza, o en el caso de mujeres en los quehaceres domésticos. Con ellos se colocaban representaciones de los animales que cazaban. Al cazador se le vestía con su armadura de palo, con su enorme máscara adornada de plumas con vísceras de focas, mechones de pelo, etc., y con un sinnúmero de pendientes de madera, pintados de diversos colores. Todos los animales eran de madera y hasta las armas en las manos de los muertos eran de la misma materia (2).

Entre los iroqueses y algunas otras naciones, existen osarios comunes, donde los huesos de los muertos son echados periódicamente. Entre los hurones esta ocasión ocurre cada doce años y se celebra una gran fiesta de los muertos por toda la tribu y miembros de otras, especialmente invitados.

Todos los cadáveres, sepultados en diferentes partes del territorio son cuidadosamente desenterrados y llevados con el mayor respeto y veneración al punto donde se hace el común sepulcro.

La carne se saca de los huesos y se arroja al fuego junto

(1) *Anthropologie Bolivienne*. ob. cit. Tomo I. p. 202.

(2) *Masks and Labrets*. ob. cit. p. 139-140.

con la ropa y las esteras en que habían sido sepultados los cadáveres. Después se limpian bien los huesos, éstos se envuelven en sacos de cuero o en frazadas nuevas.

La nación de los hurones era antes muy grande y a veces se juntaban centenares de cadáveres u osamentas. Se cavaba una enorme sepultura dentro de la cual se echaban todos los huesos y duraban las ceremonias por varios días. En seguida se llenaba de tierra la sepultura y encima de ella se levantaba un gran túmulo (1).

Una costumbre algo parecida existía entre las tribus que habitaban las pampas argentinas durante el siglo XVIII y probablemente perduró hasta mucho más tarde. Falkner nos da una lucida descripción de las costumbres mortuorias de estas tribus, la que reproducimos aquí por estar relacionada con las costumbres de los indios chilenos.

«La sepultura de sus muertos, y la reverencia supersticiosa que prestan a su memoria, son atendidas con gran ceremonia. Cuando muere un indio, una de las mujeres más distinguidas es elejida para convertir el cuerpo en esqueleto. Esto se hace, abriendo el cuerpo y sacando las entrañas, que se queman. En seguida se quita la carne de los huesos, los cuales se dejan tan limpios como es posible. Después son sepultados hasta que los restos de carne se pudren completamente, o hasta que son removidos a las sepulturas de sus antepasados (lo debe hacerse dentro del año; pero que a veces no demora ni dos meses).

Esta costumbre se observa estrictamente entre los moluches (araucanos argentinos), los taluhets y diuihets (indios pampas); pero los cbechehets (puelches) y los tehuelhets

(1) Por una descripción detallada de estas ceremonias referimos al lector la narración del Padre Jean Brebeuf, *Relación des Jesuites*, ob. cit. 1636, pp. 128 a 139. Esta relación ha sido traducida al inglés por la señora Nora Thomas, y reproducido como nota suplementaria al artículo de su padre el Prof. Cyrus Thomas, sobre «Burial Mounds of the Northern Sections of the United States»; publicado en el Vº Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington. 1887. pp. 110 a 119.

(tehuelches) o patagones colocan en alto los huesos, sobre cañas o ramadas, para secarse y emblanquecerse al sol e intemperie.

Mientras dura la operación de producir el esqueleto, los indios rondan el toldo, cubiertos de largas mantas de pieles y con las caras teñidas de negro; llevando en las manos largos palos o lanzas; cantando en tono lúgubre y golpeando el suelo para espantar los *valicbu* o seres malignos. Algunos van a visitar y a consolar a la viuda o viudas y los otros parientes del difunto; eso es, si existe la probabilidad de sacar algún provecho; porque no se hace nada desinteresadamente. Durante esta visita de condolencia, lloran, aullan y cantan de la manera más lastimosa; forzando lágrimas, clavando los brazos y muslos con espinas hasta que corra la sangre. Por esta demostración de duelo son pagados con cuentas de vidrio, cascabeles de latón y otros cachibaches parecidos que son muy estimados entre ellos. Los caballos del difunto son también sacrificados, para que tenga en que andar en el *Alhue Mapu* o país de los muertos; reservando unos pocos solamente; para servir en las últimas pompas funerales y para llevar los restos a su sepulcro especial.

La viuda, o las viudas del difunto son obligadas a continuar el duelo y de ayunar por un año después de la muerte de su marido. Consiste esto en mantenerse encerradas en sus toldos sin tener comunicación con nadie, ni salir sino para las absolutas necesidades de la vida: en no lavarse la cara ni las manos que se tiñen de hollín; en llevar trajes viejos; en no comer carne de caballo, de vaca, de avestruz ni de guanaco; pero todo lo demás pueden comer.

Durante el año del duelo, es prohibido que se casen, y si durante este tiempo se descubre que una viuda haya tenido comunicación con un hombre, los parientes del marido difunto matan a ambos, salvo que pueda probar que ha sido violada. Pero no descubrí que estas condiciones se imponían a los viudos.

Cuando remueven los huesos de los difuntos, los empaque-

tan en un cuero, y los colocan en uno de los caballos favoritos del fallecido, que han guardado para este propósito y que adornan de la mejor manera posible con mantas, plumas etc., y viajan de este modo, aunque sea una distancia de trescientas leguas; hasta que llegan a su propio cementerio donde offician la última ceremonia.

Los moluches, taluhets y diuihets sepultan sus muertos en grandes pozos cuadrados de unos dos metros de profundidad. Los huesos se juntan en su debida colocación respecto al esqueleto y son sujetos por amarras. En seguida son vestidos con las mejores prendas y adornos de cuentas, plumas etc., que son limpiados o mudados una vez al año.

Son colocados en hilera, sentados, con espada, lanza, arco, flechas, bolas, y cualquier otra cosa poseída por el muerto. Los pozos se cubren con troncos, cañas, o entretejidos de ramas sobre los cuales echan la tierra. Cada tribu elige una vieja para cuidar estas sepulturas, y a causa de su ocupación es mirada con veneración. Es su deber abrir todos los años estas tristes habitaciones, vestir y limpiar los esqueletos. Además, todos los años vacian sobre las tumbas unos jarros de la primera chicha que fabrican y beben otros a la salud de los muertos.

Los cementerios generalmente no son muy alejados de sus habitaciones normales y colocan al contorno de los muertos, los esqueletos de sus caballos apoyados por puntales.

Los tehuelhets o patagones meridionales, difieren en algunos respectos de los demás indios. Después de secar los huesos de sus muertos, los llevan a una gran distancia de sus habitaciones, al desierto del litoral; y después de arreglarlos en la forma descrita, los colocan sobre el suelo debajo de un toldo o una ramada que levantan con ese fin, con los esqueletos de sus caballos ubicados en contorno» (1).

Falkner incluye entre sus moluches los araucanos de Chile;

(1) FALKNER TOMAS. A Description of Patagonia and the Adjoining parts of South America. p. p. 118-120. Hereford 1774.

pero aun cuando es casi seguro que eran del mismo estirpe, es probable que sus costumbres se habían modificado en algo, al este de la cordillera. De todos modos, no sabemos nada sobre sus ritos funerales durante el primer siglo después de la llegada de los españoles y es muy posible que cuando los vienen a describir los cronistas de los siglos XVII y XVIII, se hallaban influenciados por contactos extraños. Los indios de las pampas, como eran más independientes y alejados de los centros españoles, con toda probabilidad guardarían sus costumbres antiguas con mayor conservantismo.

Entre muchas tribus era costumbre tener cementerios fijos, donde sepultaban sus muertos, generación tras generación. Parece que cada familia tenía sepulturas especiales en estos cementerios, donde encerraban los muertos uno tras otro, hasta que el hacinamiento de restos era tan grande que la tierra se llenaba de huesos y éstos quedaban esparcidos al contorno con cada nuevo entierro. A causa de esto el estudio sistemático del contenido de las sepulturas se hace muy dificultoso, porque los restos humanos y los objetos enterrados con ellos, pertenecientes a una época, se revolvían con los de las siguientes, sin que se pueda distinguir los unos de los otros (1).

La costumbre de sacar y limpiar los huesos de los muertos, descrita por Falkner tiene su réplica en Norte América, donde, como hemos visto, los santees los guardan en cajas y los sacan para limpiar y aceitarlos todos los años.

Una manera común de llevar los muertos a la sepultura, entre aquellas tribus que los enterraban en posición tendida era la practicada por les seminolas. El cadáver se suspendía de un largo palo, al cual se sujetaba por medio de corde-

(1) Esto pasa en los cementerios de atacameños en Calama y Pisagua, y sólo un conocimiento profundo de la secuencia de culturas en esas zonas, permite hacer una clasificación de los restos arqueológicos; por otra parte muy abundantes, hallados en ellos. En alguna parte de la región calchaquí sucede la misma cosa.

les o correas pasados al rededor del cuello, cintura, muslos y tobillos (1).

Hemos hecho mención de cómo los chiriguano quebraban el espinazo de los recién muertos, para evitar la vuelta del ánima al cuerpo. Lafone Quevedo nos asegura que esta costumbre se practicaba en los agonizantes en la región diaguita, no hace muchos años.

«En aquellos tiempos cuando recién llegué al país, había ciertas mujeres que solían ser llamadas para ultimar como enfermeras, a esos desgraciados que prolongaban demasiado la agonía de la muerte.

Los curas y autoridades perseguían esta horrenda costumbre, pero se hacía con gran sigilo; la del hecho no creía pecar ni venialmente, y muchos infelices anticipaban su viaje a la eternidad con un movimiento de artista que les quebraba el espinazo.

Es horrible este cuadro pero, más tarde, los llorones, a gritos, hacían honor al muerto y el Padre Nuestro y otras oraciones cantadas antifónicamente, reproducían ceremonias del tiempo de la idolatría, vestidas con algo de los símbolos del cristianismo que ponía remedio al mal» (2).

Otro cuadro bárbaro que encierra algunas de las costumbres que ya hemos anotado, nos da un testigo ocular, que lo presencié entre los indios chinooks, de la boca del Río Colombia.

«Acabo de volver de una visita al país de los chinooks, donde presencié una ceremonia horrorosa, la de sepultar los vivos con los muertos. Uno de los caciques perdió a su hija, mujer de buena presencia que tenía unos veinte años. La envolvieron en una estera de juncos, junto con todos sus adornos personales y la colocaron en una canoa. El padre hizo atar de pies y manos a un esclavo indio y le amarraron al cadáver, envolviendo los dos en otra estera, dejando sólo la

(1) *The Seminola Indians*, ob. cit. p. 522.

(2) LAFONE QUEVEDO, SAMUEL.—Londres y Catamarca, p. 124. Buenos Aires 1888.

cabeza del vivo afuera. Los indios cargaron la canoa usada como ataúd y la llevaron a la cúspide de un alto farellon y allí la abandonaron. Acostumbran dejar en esta condición durante tres días al esclavo que sacrificaban y entonces si no había muerto, otro esclavo lo estrangulaba por medio de un cordel. También mataban el caballo favorito del difunto y le enterraban a la cabeza de la canoa» (1).

Otras tribus del Oregón tenían prácticas parecidas. Algunas de las supersticiones de los indios conducen a la adopción de curiosas costumbres. Muchas son las tribus que creen que cualquier daño causado al cadáver o a la osamenta, según el caso, lo siente el ánima en igual grado. Hemos visto que los moluches tapaban la sepultura primero con ramas que no descansaban sobre los huesos del muerto, sino sobre el borde de la sepultura, apilando la tierra sobre esta especie de techo. Este procedimiento fué adoptado por numerosos pueblos. En las sepulturas de las costas peruanas es un factor casi constante. Los caribes de Venezuela cuando sepultaban sus muertos, cruzaban tablones sobre la boca de la fosa antes de echar la tierra (2).

En las Antillas existía la misma preocupación. La mujeres fueron encargadas de la sepultura de sus maridos. Se colocaba el cadáver sobre una especie de banca en el fondo del sepulcro y se sujetaban los costados de éste por medio de puntales para que no se derrumbasen, y tapaban la boca de la fosa con gruesas ramas, sobre las cuales amontonaban la tierra (3).

La misma superstición fué observada por Parry entre los

(1) SCHOOLCRAFT, HENRY R.—Information respecting [the History, condition, and Prospects of the Indian Tribes of the United States. 5 tomos. Philadelphia 3/f. Tomo II. p. 79.

(2) BALLEET, J.—Les caraïbes. Congrès International des Americanistes Compte-rendu de la 1.^a Session. Nancy 1875. Tomo I, p. 438.

(3) CORNILLIAC J. J. J.—*Anthropologie des Antilles* Congrès International des Americanistes. Compte-rendu de la 1.^a Session. Nancy 1875. Tomo II, p. 160.

esquimales. Creían que todo peso que cargaba sobre el cadáver podría causarle una sensación dolorosa. En otro país más favorecidos esta creencia habría conducido a la construcción de una bóveda (en la forma que hemos observado en otras partes); pero entre las tribus polares solo resultó en que la capa de tierra echada encima de los muertos, fuera muy delgada y fué causa de que las sepulturas fuesen a menudo abiertas por los perros, zorros, lobos, etc. (1).

Esta idea fué, posiblemente, una de las razones porque muchas tribus, especialmente en aquellos territorios donde predominaban los grandes llanos, no adoptaron la costumbre de enterrar los muertos, dejándolos expuestos en catafalcos o ramadas.

Entre las maneras curiosas de disponer de los muertos, podemos citar una empleada en el condado de Sha en el estado de Arkansas. Robert H. Poynter describe así la sepultación de un indio que presencié en 1834: «La casa en que vivía la familia era construída de palos redondos y estucada de barro. En el centro de la choza se enterró el extremo de un tablón hasta una profundidad de un metro, y el viejo fué amarrado a éste, por medio de correas, en postura sentada, con la barba entre las rodillas y las manos cruzadas y atadas a las piernas. El cadáver se cubrió de barro que fué amoldado en forma de túmulo, con la superficie lisa. Se hizo un gran fuego encima, el que se mantuvo hasta que el barro se coció. Seis meses después la familia mudó a otra parte y se abrió la sepultura encontrándose el cadáver en buen estado (2).

Otro ejemplo de esta costumbre nos da Yarrow. Dice que en la vecindad de Tillmore (Utah) se excavó un mound que presentó un caso admirable de una habitación convertida en sepulcro. Es probable que el dueño de la casa murió en ella

(1) Citado por SIR JOHN LUBBOCK, *Prehistoric Man*.

(2) Citado por CYRUS THOMAS, *Report on the Mound Explorations of the Bureau of Ethnology*. Washington 1894. p. 678.

y que fué abandonada por la familia. La casa era construída de adobes y antes de formar el mound se quitó el techo. El cadáver se colocó en el suelo y se cubrió de una pasta de arcilla humedecida; sobre la cual se colocaron las ofrendas mortuorias, armas, utensilios y alimento. Se apiló encima de todo, ramas y leña las que fueron encendidas, de manera que la arcilla se coció y muchos de los objetos quedaron carbonizados. Después se cubrió de tierra toda la estructura, para formar el mound o túmulo (1).

Algunas tribus celebran periódicamente *Fiestas de los Muertos*, grandes ceremonias a las cuales no solamente acuden los vivos, sino segun sus supersticiones, también las ánimas de sus antepasados. Esta costumbre existe entre los sias. Los muertos tienen cuerpos idénticos a los que tenían cuando vivos, son invisibles para los vivos, pero no para los otros espíritus, quienes reconocen a sus parientes y amigos. Pocos llegan a la fiesta durante el día, pero durante la noche llegan en grandes números. Solo quedan una noche y se van antes del amanecer. Los maridos no duermen con sus mujeres porque creen que si lo hicieran sufrirían los vivos.

La luna es el padre de los muertos y el sol el de los vivos. Mientras viaja el sol descansan los muertos porque entonces no ven nada; y es solo cuando él se acuesta que los espíritus trabajan y andan en la tierra para visitar sus antiguos hogares.

Al sepultar los muertos, estos indios hacen tajos en las prendas de vestir, para permitir que salga su alma (2).

Los omahas creen que cuando el rayo mata a una persona, ésta debe sepultarse boca abajo y partirse las plantas de los

(1) Citado por Powell en la introducción del «6th Annual Report of the Bureau of Ethnology. Las obras del Dr. Yarrow sobre las costumbres mortuorias de los indios, me habrían sido de la mayor utilidad, pero desgraciadamente no las he podido consultar, por estar agotadas y porque no existen en ninguna de las bibliotecas de Santiago.

(2) The Sia. ob. cit, p. 144-145.

pies. Cuando esto se hace sale el espíritu y va directamente a la tierra de los muertos, sin molestar más a los vivos. Creen también que los antecesores de los indios son los animales de que han tomado su totem o nombre, y que al morir, van a juntarse con ellos (2).

Los dakotas se oponen a retratarse porque creen que el ánima o espíritu puede quedarse en el retrato después de la muerte del individuo, en vez de ir al país de los muertos. También creen que otra de las ánimas, (cada persona tiene cuatro), la sombra, reside en el cabello. Los padres, a veces cortan un cadejo de la frente del difunto y lo guardan por algún tiempo cuando quieren que conserve su lugar en el seno de la familia. Hasta que se entierra el cadejo, no puede alejarse la sombra (3).

Los mismos indios tienen muchas otras supersticiones respecto de las ánimas. Antes de la muerte de un individuo, el toldo es rodeado por los espíritus de sus parientes muertos, quienes son visibles al moribundo.

Si un ánima llama a una persona querida y esta contesta, morirá dentro de poco tiempo. Si se siente llorar fuera del toldo es señal que alguno de sus ocupantes morirá luego. Si, durante una fiesta fúnebre, alguien come antes de que se haya apartado la porción que corresponde al ánima, todos los espíritus se enojan y le castigan. La comida caerá al suelo cuando está comiendo, derramará el líquido que quiere beber, o se cortará la boca con su cuchillo (1).

Los zuñis creen que la tierra es regada por las ánimas de sus muertos, quienes son controlados por un consejo que se compone de los dioses abuelos. Las ánimas recojen el agua en jarros y calabazas de las seis grandes fuentes del mundo, y pasan entre cielo y tierra protegidas por máscaras, que son las nubes. De aquí nace la costumbre de tapar la cara de

(1) A study of Sionan Cults. ob. cit. p. 420.

(2) Id. id, id. p. 484.

3. A study of Sionan Cults. ob. cit. pp. 486-489.

los muertos con máscaras de algodón crudo, simbólicas de las nubes (1). Creen que si incineraban los cadáveres, no habría lluvia.

Los niños que se sepultan sin haberse perforado las orejas no pueden ayudar a regar la tierra, y llevan canastos de sapos y renacuajos en la cabeza, que dejan caer a la tierra mientras las ánimas de los adultos están produciendo la lluvia; estos niños no llevan en las orejas zarcillos de turquesas como los demás, sino sapos. Esto se considera una desgracia y a los que no las tenían perforadas antes, las perforan al enterrarlos (2).

Los pimas creen que los pobres que mueren sin tener nada que echar a la sepultura, andan vagando en el espacio hasta que alguna persona caritativa deja algún óbolo en su tumba (3).

La razón que da los tlinglits para quemar sus muertos es que el difunto pueda encontrarse cerca del fuego en la *Gran Casa de los Muertos*. Si no se cremaba tendría que quedarse alejado del fuego tiritando de frío (4).

Los esquimales creen que las almas de los hombres quedan con los cuerpos hasta el quinto día; pero las de las mujeres solo hasta el cuarto día. Dicen que encierran los cuerpos en cajas para impedir que anden vagando las ánimas, como antes solían hacer, causando espanto a los vivos.

El primer niño que nace en una aldea después de la muerte de uno de los habitantes, recibe el nombre de éste y lo representa en las fiestas que después se dan en su honor. Si no nace ningún niño, uno de los que ayudó a preparar la sepultura recibe el nombre del difunto y abandona el suyo propio.

Si muere una persona y no hay nadie que le haga una

1. Tusayan Katchinas. ob. cit. p. 312.

2. The Zuñi Indians. ob. cit. p. 305.

3. The Pima Indians. ob. cit. p. 195.

4. The Tlingit Indians. ob. cit. p. 430.

fiesta o que adopte su nombre, creen que queda olvidado, su espíritu no puede asistir nunca a las fiestas, y permanece pobre y sin amigos en la tierra de las ánimas.

Los esquimales guardan los orines en baldes para sus baños y para curtir sus cueros. Nelson nos cuenta que cuando muere un shaman (médico o machi) todos los hombres de la aldea toman su tina y derrama un poco de la orina al suelo delante de la puerta de su choza; diciendo, «esta es nuestra agua; ¡bebal». Creen que el ánima, si volviere durante la noche, probarían el agua y hallándola mala se iría. La segunda noche se introducía la tina que contenía los orines a todos los rincones de la choza, para correr el ánima. El tercer día, en ayuna, todos los de la aldea, hombres, mujeres y niños, se bañaban en orines, que los limpiaban del contagio y, les consevaban contra toda influencia ordinaria del ánima (1).

El *aya huasca*, o sogá de la muerte, es un bejuco que los indios ticunas beben en infusión y que les procura los mayores deleites que son capaces de experimentar. Los efectos del bejuco son maravillosos. El indio lo bebe cada vez que quiere conversar con los muertos o con los ausentes. Produce un efecto parecido al que se siente tomando el hashish de los árabes.

El indio predispuesto a ver visiones y de considerar reales y verdaderas todas las fantasías conjuradas por su imaginación sobreexitada recurre a este medio para ponerse en comunicación con todos aquellos seres que se le presentan mientras esté en ese estado (2).

Los choctaws conservaban una curiosa costumbre relacionada con el duelo. El período que duraba esto, variaba según la categoría del difunto.

Cuando una persona deseaba descontinuar el duelo, plantaba en el suelo, de manera que formaban un triángulo, tres palos, cada uno de varios pies de largo, unidos en su

1. The Eskimo about Bering Strait. ob. cit. pp. 311-314.

2. LOBO TOLEDO, JULIO. La Región Amazónica: Memorias de un viajero. «El Mercurio» de Santiago. Lunes 16 de mayo de 1910.

parte superior por un pedazo de tela o cinta de color resal- tante. Este objeto se colocaba cerca de la entrada del toldo e indicaba que el dueño quería abandonar el luto.

Durante los tres días siguientes los deudos lloraban con llanto, tres veces al día; al amanecer, a medio día y a la puesta del sol. Mientras lamentaban se envolvían la cabeza en sus frazadas, sentados o arrodillados en el suelo. Durante estos tres días se reunían los amigos y principiaban una fiesta con bailes y banquetes que duraban por otro día más. Entonces se declaraba suspendido el duelo. (1).

Es curioso notar que entre los pueblos primitivos se principia y termina el duelo con ceremonias que casi siempre tienen por parte principal, fiestas i banquetes, a los cuales se supone asistan, halagadas, las ánimas de los muertos. Estos banquetes se continúan aun entre algunos pueblos más civilizados, si es verdad, que muchas de las supersticio- nes relacionadas con ellos han desaparecido.

De la manera como sobreviven las antiguas costumbres y supersticiones, aun cuando el pueblo que las practican ha progresado en otros sentidos, tenemos un ejemplo en los funerales de los indios de la Puna de Atacama, que en nombre son cristianos y practican los ritos de la Iglesia Católica. Sin embargo, no se han desprendido de sus antiguas ceremonias, muchas de las cuales se encuentran entremezcladas con el ritual del cristianismo. Esto se ve especialmente en sus entierros. Después de las ceremonias de la iglesia, el cadáver es llevado otra vez a la casa, donde permanece el tiempo necesario para cavar la sepultura, operación que cumplen cuatro amigos de la familia; quiénes lo mismo que los campanilleros, que tocan las campanas de la iglesia todo el día, reciben razones especiales de *coca* y de *chicha*. La fosa debe ser exactamente del largo necesario; si es demasiado largo vuelve el muerto. Terminada la excavación de la sepultura,

(1) The choctaw of Bayou Lacombe. ob. cit. pág. 27.

se revuelve unos puñados de coca con la tierra sacada, en el interior de la tumba. Todas las personas presentes desparraman hojas de coca, como igualmente sobre el cadáver, depositado sobre el fondo, sin ataúd y envuelto sencillamente en un tejido gris, llamado *barchila*, fabricado especialmente para la ocasión.

El muerto lleva sus *usutas* (ojotas), pero se coloca la ojota derecha sobre el pie izquierdo y vice-versa. Se baja el cadáver a la fosa por medio de cordeles de lana negro, y se desparrama sobre él más hojas de coca; operación se continúa mientras se rellena la sepultura, para mezclar bien la tierra con dichas hojas.

Cuando queda relleno el sepulcro, todas las personas sacan con el dedo, *el acullico* o mascada de coca, que tiene en la boca y lo arrojan sobre la tumba, arrodillándose en seguida para recitar sus oraciones. Se planta una cruz sobre la sepultura y después de algunos otros ritos paganos, se retiran los deudos para terminar la ceremonia con una gran borrachera (1).

Supervivencias de esta naturaleza son muy comunes y las observamos en muchas de las costumbres ordinarias de la vida, sin que se nos ocurre muchas veces que pueden tener un origen lejano, basado en ideas muy diferentes a las profesadas hoy día.

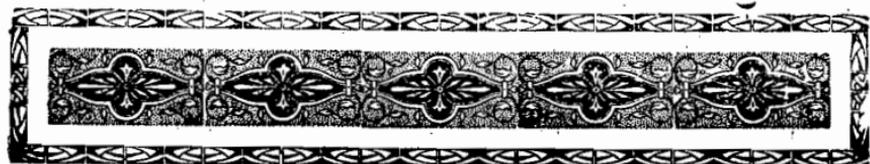
Por ejemplo: el temor o la desinclinación de pronunciar el nombre del difunto, empleando cualquier otro término indirecto; subsiste aun en la forma, y hablamos del *finado*, cuando la razón de éste se ha olvidado.

Una ceremonia que incluye muchos de los antiguos ritos practicados en los entierros de niños, sobrevive en los velorios de *angelitos*, todavía comunes en el pueblo bajo de muchas naciones que se jactan de cultas.

Si examinamos una por una las supersticiones y costumbres

(1) Antiquités de la région Andine. ob. cit. pp. 517-18. Tomo II.

populares de los diversos pueblos, por más civilizados que sean, encontramos en todas un *substratum* de las antiguas creencias animísticas que se nos parecen ridículas hoy; sin embargo, en un tiempo, tenían un real significado y despertaban serias preocupaciones por parte de aquéllos que vivían en constante temor y recelo de los seres invisibles que poblaban esta tierra y la otra.



CAPITULO VIII

MANERA DE ENVOLVER LOS CADÁVERES

Observaciones.—Los esquimales.—Mortajas de pieles.—La Fiesta de los Muertos entre los iroqueses.—Mortajas de corteza de árboles, de esteras y tejidos de lana.—Telas de algodón.—Costumbres de diferentes tribus.—Los sias.—Los pimas y zuñis.—Los chichimecas y otras tribus mexicanas.—Los mayas.—Los caribes.—Las momias del Perú.—La preparación de las momias, según Barrera.—Momias en Pisagua y Tacna.—Los calchaquies.—Las tribus del Chaco.—Los bororos.—Los tehuelches.—Los fueguinos.

La mayor parte de los pueblos inhuman o sepultan el cadáver de sus difuntos. Algunos como hemos visto, los abandonan y otros los incineran; pero forman la minoría. Aún los que descarnan los huesos, o que los exponen en catafalcos, suelen darles sepultura después, y tienen mucho cuidado en tratarlos con respeto y veneración.

Los cadáveres o los restos esqueléticos son generalmente envueltos con esmero, y muchas veces con un lujo de detalle. Son muy variadas las maneras de preparar los envoltorios y no menos diversos los materiales empleados, pero casi siempre son los mejores que la economía doméstica del indio

permite. Algunas tribus emplean pieles, otras esteras, corteza de árboles, tejidos groseros o finos según el caso, frazadas, prendas de vestir, etc. Los atados o envoltorios comúnmente encierran además del cadáver las joyas o adornos personales del difunto, ofrendas mortuorias dejadas en recuerdo, o para ganar la buena voluntad del ánima que parte.

Un estudio de los diferentes envoltorios nos da una buena idea, no sólo del estado mental de los pueblos que las usaban, sino también de su condición cultural y del estado de sus industrias en general. Así quedan beneficiadas tanto la arqueología como la etnología.

Principiando por el norte del continente, encontramos a los esquimales con una cultura bastante primitiva, a causa de que el país que habitan no se presta a otra más desarrollada. Sin embargo, dentro de sus limitadas industrias, han adquirido una destreza manual y una variedad de productos, rara vez igualadas por otros pueblos en semejante situación.

Sus prendas de vestir son hechas casi exclusivamente de pieles. No es de extrañarse entonces, que emplean idénticos materiales para envolver a sus muertos. El modo más común de preparar el cadáver para el entierro es de vestirlo con el mejor traje que posee. Esto por razones que hemos expuesto, se hace con frecuencia antes que muera el enfermo. En seguida se le envuelve en pieles que son cosidas o amarradas hasta formar un paquete. Muchas veces las piernas son dobladas de tal manera que los talones quedan juntos a la cintura. Sin embargo, la costumbre varía de una localidad a otra. Entre los unalits de la vecindad del estrecho de Behring, se viste al cadáver en un traje que no ha sido usado jamás, y se lo coloca en postura sentada, con la barba entre las rodillas y los brazos cruzados sobre el abdomen. En seguida se le envuelve en cueros, o en esteras de esparto, que son atados con sogas.

En vez de enterrarlos, estas atados fúnebres son coloca-

dos en cajones cuadrangulares elevados sobre el suelo en postes.

Los utensilios y otras posesiones del muerto se colocan en el mismo cajón o en el suelo al lado, o en el caso excepcional de un entierro, dentro y encima de la tumba.

Las mismas costumbres son practicadas por todas aquellas tribus que habitan las regiones polares o semi-polares, donde las pieles forman el principal material para sus trajes; como igualmente entre las del extremo sur del continente, como los fueguinos y patagones y entre las cuya ocupación principal es la caza y que aún no saben tejer, como algunas tribus del Chaco y las del interior del Brasil.

Los yahganes envuelven el cadáver en viejos pellejos de nutria y lo sepultan en los montones de conchas delante de la puerta de la choza (1), los alacalufes usaban la misma clase de envoltorio; pero depositaban los muertos en cavernas o en los abrigos de las rocas.

Algunos de los aleutianos momificaban el cadáver después de extraer las vísceras e intestinos, y en seguida los vestían con sus mejores prendas, colocándolo en las grutas mortuorias, en posición natural como si fuese ocupado en las tareas de la vida; o bien, lo envolvían en cueros o pieles a la usanza de los esquimales.

La costumbre de amortajar a los muertos en pieles era probablemente la más generalizada en ambas Américas; porque la vemos empleada tanto en los bosques como en llanuras, sobre una enorme extensión de norte y sud América; en donde la mayor parte de las tribus eran cazadoras.

En algunas partes había árboles, cuya corteza era fácil sacar en grandes planchas que tenían una flexibilidad relativa. En dichos lugares se valía con frecuencia de este material para formar ataúdes; pero generalmente envolvían al

(1) HYADES P. ET DENIKER J.—Mission Scientifique de Cap. Horn. 1882-3, Tomo VIII. p. 379. Anthropologie Ethnographie, Paris 1891.

muerto en sus frazadas o abrigos de pieles, antes de enterrarlo con esta cobertura.

Algunos indios, como ciertas tribus de las familias iroquesa y sioux; practicaban dos y hasta tres sepulturas sucesivas. Primero, exponían los cadáveres en catafalcos o ramadas, hasta que se descarnaban los huesos, o bien se desecaban los cuerpos, para luego enterrarlos. Pero esto no fué su último destino; sino una sepultura provisoria, hasta la próxima *Fiesta de los Muertos* o enterratorio comunal de todos los que habían muerto en el seno de la tribu después de la última celebración.

Dichas fiestas se practicaban periódicamente, a intervalos que variaban entre diez y treinta años.

Hemos referido la descripción que da el Padre Brebeuf de esta ceremonia entre los hurones. En un librito anónimo, escrito en francés y traducido al español (1) encontramos la siguiente narración de la misma costumbre; entre los nado-wessinas, otra tribu de los indios iroqueses:

(1) Este libro tiene por título: *Oderay, usos, trajes, ritos, costumbres y leyes de los habitantes de la América Septentrional*. Traducidas del francés e ilustradas con varias notas críticas, históricas y geográficas, por don Gaspar Zavala y Zamora. Madrid 1804.

Refiere la narración de un joven francés, cautivado por los indios y adoptado por ellos en la tribu, pero oculta su verdadero nombre. Como la traducción no lleva ni prólogo ni prefacio, nada sabemos respecto de su publicación original, pero sospechamos que puede ser la traducción de un manuscrito, escrito en francés pero que solo se publicó en ese idioma en 1864, editado por el padre J. Tailhan. En tal caso el autor sería Nicolás Perrot, y la edición francesa lleva el siguiente título: *Mémoire sur les meours, costumes, et religion des sauvages de l'Amérique Septentrionale*, par Nicolas Perrot; publie pour la première fois par le R. P. J. Tailhan, Leipzig et Paris, 1864.

Desgraciadamente no hemos podido cotejar las dos ediciones y conocemos personalmente, solo la española; de modo que avanzamos esta sugestión solo como hipótesis.

(Continuará).